



La Comedia Gijonesa

TEXTO DE TARFE.—DIBUJOS DE PEPE.

GENTE DE CASA.



GIJÓN 14 DE ABRIL DE 1889.

Año I. Núm. 3.

NO SE ADMITEN
SUSCRIPCIONES.

BOMBOS A CINCO DUROS.
PALOS A DIEZ.

Se publica los Domingos.

La correspondencia al Ad-
ministrador.

Persona grave y formal,
médico, orador valiente,
periodista y Presidente
del «Casino Federal.»

La democracia es su pauta,
tiene doquiera consocios,
y suele matar sus ocios
tocando á veces la flauta.



Principiemos por el principio, es decir, por el Lunes, día en que nada sucedió de particular, excepto *le petit* ciclón con que nos obsequió la madre Naturaleza.

Volaban las tejas por el aire lo mismo que pájaros; venían á tierra las chimeneas con estrepitoso fragor; los sombreros de los transeuntes rodaban por el suelo, como las bolas de billar por encima del verde tapete; y se *ahuecaban* las faldamentas, tomando formas y redondeces de globo aereostático.

—¿Por qué no va usted hoy á la tertulia de D.^a Tecla?— le preguntaba un yerno á su mamá política con la mayor ternura del mundo.—¡Se va usted á aburrir en casa soberanamente!

—¿Salir?—exclamaba ella en la cúspide del terror y de la admiración.—¿Salir, con esta noche y con este viento? ¡Dios nuestro Señor me libre! Lo que voy á hacer yo es encender el cirio del Santísimo y rezar una estación á Santa Bárbara bendita que en el cielo estás escrita con papel y agua bendita.

—Pues yo en lugar suyo salía. Ya ve usted como yo me voy al Suizo, sin temor alguno y como si nada sucediera.

—Pues, cá, yo no salgo; parece que me quieres mal y que deseas que me mate una teja ó una vidriera.

—¡Señora! ¡por Dios! ¡La quiero á usted más que todo eso, y solo el que le pase á usted por la imaginación semejante idea, me ofende altamente—murmuraba el yerno con una dignidad y un aplomo que asombraban.

Y luego, para su coleteo, añadía:

—¡Maldita bruja! ¡Mire usted, que empeñarse en no salir!.... ¡Y nada, que no sale! ¡Y no hay fuerza humana que la saque hoy de casa! ¡Si la llevara el viento al fin del mundo, ó á los mismísimos infiernos!

Otros oyeron decir que el huracán había hecho trizas el pabellón en que se hallaban las fieras del Sr. Cavanna, y que se habían escapado dos lobos y una hiena, por lo cual dieron cita para tal sitio á sus *ingleses*, ofreciéndoles pagarles á *toca teja*..... en la esperanza de que se los merendasen los animales carniceros.

Pero es claro, los *ingleses* no salieron de su *Bretaña* y los *pufistas* se quedaron con palmo y medio de narices.

El nuevo Club de gimnasia, esgrima y equitación, ha quedado, por fin, constituido, y sus socios andan por esas calles de Dios en busca de un local que reúna todas las condiciones que el caso requiere, con el mismo afán con que Colón iba en busca de un nuevo mundo.

Hay algunos que están deseando que principien *las clases* y se están ya ensayando y *desentumeciendo*, para encontrarse ágiles cuando llegue la época de hacer planchas y molinetes de gigante en la barra fija.

—Primero—me decía uno—se empieza por las estrechidades; se bajan los dos dedos del medio y se levantan los de los lados, como para dar cuernos; luego se bajan todos los dedos, menos el del medio, ó séase el del corazón, que se mueve así, lijeramente, como el rabito de una lagartija; después se dan coces para atrás con el pié derecho; más tarde con el izquierdo, y, por último, puede ya pasar uno á romperse el alma, bien haciendo la caída del gato, bien dando un salto mortal planchado.

Conque, ya lo sabemos.

La lotería ha caído en Gijón, y, según nos aseguran, han sido *agraciadas* varias *individuas* del gremio de *fregaplatos*.

¿Cuánto apuestan ustedes á que no tardan dos meses en casarse?

Y nada más.



DIÁLOGO.

- ¿Adónde vas, morena, tan de mañana?
- ¿Quey importa? Voy onde me da la gana.
- Bien pudieras tratarme con más respetos.
- ¿Pa qué? Non quiero nada co los chuletos.
- ¿Me dejas ir contigo, pichona mía?
- Hoy podía facey daño; ¿verdá? ¡otru día!
- ¿Qué buen color el tuyo!
- ¡Pues mire, cáise!....
- ¡El demonio del hombre!
- ¿Ye bobu ó faise?

- Quiéreme, ya que siempre te estoy queriendo.
- ¿Querélu á usté, cristianu?
- ¡Já! ¡já!... van diendo.
- ¡Si fuese tan buen mozu como el mi Elías, que gana doce riales todos los días!

—Gano yo más, salada,
con cualquier obra.
—Vaiga dándoles, ande,
que aquí ya sobra.....
Mire, allí vien Elias,
lárguese á escape,
y librese enseguida
de que lu atrape.
Y el pobre señorito
se fué resuelto,
por temor á un golpazo
de cuello vuelto.

MESA REVUELTA.

LOS PERIODISTAS.

Al menos así se llaman ellos á sí mismos.

Me refiero á los vendedores de nuestra COMEDIA, que me van á volver loco el dia menos pensado.

Apenas amanece, penetran atropelladamente en mi portal, y arman allí cada marimorena y cada jaleo, que toca Dios á juicio.

Unos dan coces contra la puerta, otros se pegan de puñetazos, éste ahulla como un perro, aquel maya como un gato, y no falta quien diga con voz plañidera aproximando su boca al agujero de la llave:

—¿D. Tarfe? ¡Levántese, hóm! ¡Ya ye muy tardel! ¡Ha dámeles á mí el primeru ¿eh? Ya sabe que yo soy buen vendedor.

—¡Non fayga casu, señor Tarfe!—grita en esto otro, pegando los labios á la rendija de la puerta.—Esti ye un guasón de primera. Lo que él quier, ye enguadalu. Voy comey el alma.

—Diven comiendo.

—Habla un poco y verás.

—¡Non paez más que yes tu el mandón!

—Non soy el mandón; pero quierme más á mí *don* Tarfe que á tí; ¿no verdá, don Tarfe?

—¿María?—exclamo yo incomodado, sentándome en la cama y llamando á mí criada.—Dígales á esos chiquillos que vayan á alborotar á la Arena y que me dejen dormir en paz; que son las cinco y media todavía y que no les doy los periódicos hasta las ocho.

Baja mi criada á comunicarles mi orden, abre la puerta... y sin esperar más, creyendo que ya me he levantado y que voy á repartiles los números, suben doce chiquillos como doce demonios por la escalera arriba, dando unas patadas y unas voces, que parece que se hunde el mundo.

—¿Qué es eso?—grito yo desde mi cuarto con el acento más severo de mi repertorio.—¿Quién os mandó subir? ¡A la calle ahora mismo, so granujas!

Entonces se dividen en dos bandos; uno que baja lentamente la escalera y otro que penetra audazmente en mi alcoba, dirigido por un ganapán de cara angulosa y ojos

vivos y brillantes, que me dice con el mayor descaro del mundo, mirándome fija y atrevidamente.

—Usté fayga lo que quiera, ¿oye? pero si non mos dá ahora mismo les COMEDIAS plantámosmos y non y vendemos una.

—Lo que sobra es quien las venda. ¡Eal largo de aquí, sin vergüenzas!

—Bueno, pues non cuente con nosotros pa nunca en jamás. Lo peor ye pa usté. ¿Oyólo? ¡Eso ye pa que rulle! ¿Creén ustedes que marchan? ¡Quiá!

Cinco minutos después vuelven á las andadas, y principian de nuevo las risas, y la jarana, y los golpazos á la puerta y el «¡abra, Don Tarfe! ¡levántese, hóm! ya son les seis y cuarto!» y los «¡apara, hóm! ¡non pegues! yo y lo diré al mi hermanu; ¿qué te fice yo? ¡porqué soy más pequeñu! ¡ya sabes tu con quien te metes! ¿á qué noy pegues á Segundo? ¡porque y tienes mieul! ¡ponte co los de tu igual! ¡non te pongas comigol....» en fin, un infierno entero y verdadero.

A última hora no tengo más remedio que echarme fuera de la cama y empezar á repartir las COMEDIAS, para lo cual se necesita más tino de lo que ustedes se figuran.

—¡Oiga! á mí deme ciento; ya sabe que el otro domingo vendiyosles toes.

—Bueno, hombre, bueno; te daré ciento.

—Y á mí.

—Y á mí.

—Y á mí—gritan á la vez doce bocas extraordinariamente abiertas.

—No hay que apurarse; *teney* un poco de paciencia, que para todos habrá. ¿Cómo te llamas tú?

—José.

—Juan.

—Sabino.

—Eugenio.

—Segundo.

—Santos,—contestan todos á un tiempo alargando las manos.

—¡Démeles á mí el primeru!

—Non fayga casu; hoy tóquenme á mí, porque el otro dia fué el último de tóos.

—Mire, si y les da á ési el primeru, enfádome y non vengo más y marchó en sin ellos.

—¿Sabe lo que quier esi? Quier que y dé ciento, pa luego non entregar y quedase co los cuartos, como fizo Sabino Tejera.

—Ya se librará muy bien de hacerlo; le rompo una costilla.

—No lo crea, D. Tarfe; ye que me tien envidia porque soy el que más vendo. ¡Tengo más parroquianos!... Ya me encargaron cuarenta, lo menos, y hay un señor que me dá dos riales pol primer número. ¿No y quedó ninguno?

—Ninguno.

—Busque á ver, hóm! Si lu encuentra, doy un rial por él.

LA COMEDIA GIJONESA.

UN CANTAR POPULAR.



Síguela que es buena,
Síguela que es mala,
Síguela que tiene.....
Muy bonita cara.

EL NUEVO CLUB.



—¿Tú no te vas á inscribir?
—Ni en ello puedo pensar.
Tengo un reuma articular
Que no me deja vivir.



Un socio muy singular
y de rollizos mofletes,
que piensa hacer molinetes.....
para engordar.



Joven que escribe á su amado
un billete perfumado,
y sin borrones ni manchas,
para que tenga cuidado
con las planchas.



—¿No te haces tú socio, Arturo?
—¿Socio, estando cual me ves,
sin tener un triste duro
cada mes?

—Como si me dieses un duro; no quedó ni uno solo.

—¡Coime, qué rabia!

¡Traiga, traiga; esos son pa mí, ¿no verdá?

—Y esos pa mí ¿eh?

—¡Hála, á la calle!—les digo yo dándoles un *cozcorrón en la cabeza*.—Y á ver si gritáis con todos los pulmones, porque sinó otra vez no la vendeis.

Y salen disparados como flechas, chillando hasta ponerse roncós:

—¡LA COMEDIA GIJONESA! periódico nuevo con caricaturas!....

|||DESPEDIDA!!!

Sombra ideal de la mujer que un día
Juró adorarme ante el altar de Dios,
Pues nos separa la fortuna impía
¡Adios! ¡Adios!! |||Adios!!!

¿No escuchas, dí, mi lúgubre lamento?
¿Rodar el llanto por mi faz no ves?....
Te mando mis suspiros en el viento
¡Adios! ¡Hasta después!!

Muere la tarde; se ennegrece el cielo,
Llega la noche envuelta en su capuz,
¡Por todas partes desencanto y duelo!....
¡Dadme luz! ¡Dadme luz!

(Un criado muy listo que está alerta
Y de su señorito el llanto vé,
Abre despacio la entornada puerta
Y entra con el quinqué.

El joven se levanta de su silla,
Mira al criado estático ante sí,
Manda después por una cajetilla....
Y continúa así):

¿Qué fué de aquellos sueños de ventura?
¿Qué de aquella simpática ilusión?
¡Todo murió, mi bien! ¡Cuánta amargura
Te agobia, ¡oh corazón!

Sarcasmo horrible de la infame suerte,
Destino infausto, bárbaro y fatal.
¡Tan solo la guadaña de la muerte
Puede calmar mi mal!

¡Una cruz, una palma y una tumba!
¡Silencio y soledad! ¡Luto y horror!....
Y aún murmura mi sér que se derrumba:
¡Amor! ¡Amor!! |||Amor!!!

¿Te acuerdas? ¡Era en Mayo, vida mía!
¡Cuánta flor perfumada en el pensil!
¡Qué placer! ¡Qué ventura! ¡Qué alegría!
¡Qué brisa tan sutil!

Lasavecillas tiernas y canoras
Entonaban su lánguido cantar
Y las fuentes, también, murmuradoras
Corrían sin cesar.

Despertaba á la vida el mundo entero,
Era el mundo la imagen de un edén,

Y el gorrión, el pardillo y el jilguero
Lo pasaban muy bien.

¡Qué pláticas tan dulces y sencillas!
¡Qué instantes de ternura y de pasión!
¡Qué tardes en la aldea!.... Y que *«tortillas
De huevos y jamón!»*

¡Ay! lo recuerdo bien! Lo tengo escrito
Dentro del pecho con mortal buril!
¡Qué apetito tenías, ¡qué apetito!
Niña airosa y gentil!

Aceitunas y queso, hermosa amiga,
Mantequilla salada y salchichón,
Todo, todo pasaba á tu barriga....
Que era una bendición!

¡Y hoy en el seno de la nada hundido
quedó ya para siempre tanto bien!
¿Quién pudiera pensarlo, sér querido?
Va mos, contesta ¿quién?

¡Por eso á veces sin cesar imploro
De la muerte el consuelo funeral!
Por eso gimo, y me retuerzo y lloro
Con ansia sin igual!

Jamás tus gracias ni tu amor olvido;
Siempre te adoraré mi corazón....
Y luego el joven se quedó dormido
Lo mismo que un lirón.

Y es que el amor más firme, según veo,
Y nadie me podrá contradecir,
Tiene trato frecuente con Morfeo,
Que es el dios del dormir.



ICARDILLO

No, señor.

Por razones especiales, que nos reservamos, no admitimos suscripciones en Gijón. Fuera de Gijón, ya es otra cosa; y todo el que quiera recibir nuestro semanario «con puntualidad y economía,» no tiene más que mandar diez reales cada trimestre, y asunto concluido.

Por supuesto, el medio durete, se pagará adelantado, pues si nó, no hay caso.

Que conste.

—
Dos *virusos*, cierto día
de la pasada semana,
fueron á comer *de oculis*
á un *chigre* una *amasuelada*.
Compraron las amasuelas
ellos mismos en la plaza,
y llamaron a un chiquillo
para que se las llevara.

¿No saben ustedes quien eran? pues tampoco yo se lo digo, porque sería una indiscreción de mi parte, y á mí no me gusta perjudicar á nadie en su dignidad y en su *aquel*.... y mucho menos siendo amigos.... Pero otra vez.... lo diré, si señor, lo diré.... si no me convidan.

—¿No ven ustedes como va aumentando el número de anunciantes? Pues por dos pesetejas al mes, puede cualquier hijo de vecino taparnos los huecos... del periódico.

Pero de prisa, de prisa,
porque puede suceder
que para tantos anuncios
se nos acabe el papel.

—Madre, yo quiero comprar unos guantes.

—Pues cómpralos, hijo.

—Si V. fuese tan amable que me diese cuatro pesetejas que me hacen falta....

—Sí, para dar pesetas estoy yo.

—¿No sabe V. que estoy en relaciones con una señorita de verdad, que gasta sombrero y todo?

—¿Y que te dejará en cuanto se le presente un chico guapo y rico, como Mercedes dejó á tu primo Paco por el nieto de D. Simeón Millones?

—Por eso quiero vestirme á lo señorito, para parecerle bien y no *desdecir* cuando me concede la honra de acompañarla en público.

—¡Nada! ¡nada! no me sacas ni un céntimo.

—¡Ande, madre! ¡cómpremelos! ¡Paez mentira, hóm?...

Y al fin la buena mujer se deja ablandar y le entrega los diez y seis reales al muchacho... con la condición de que ha de suprimirse el chorizo del puchero para llenar el vacío que este desembolso ocasiona en el erario doméstico. Luego nuestro joven va al comercio de Rollán, compra unos guantes, que ni pintados, y sale convertido en todo un señor caballero... fuera el alma.

Hay muchachos, y bastantes,
de suma conformidad,
para quienes gastar guantes
es una felicidad.

Son tantas las personas que vienen á pedirnos el primer número de LA COMEDIA, que casi, casi estamos decididos á hacer una nueva tirada para complacerles.

Todos los que deséen adquirirlo, pueden mandar una notita á Tarfe (Instituto, 4,) con su nombre y apellido... en la inteligencia de que el número les costará *dos perronas*. Si vemos que son muchos los solicitantes, le publicaremos, y si vemos que son pocos.... figúrense ustedes.

Una vida que se estingue,
una antorcha que se apaga,
una estela que se borra,
una historia que se acaba,
un sol que se hunde en su ocaso,
una música que pasa,
una voz que lleva el viento
y se pierde en la distancia....
todo esto, lectores míos,
hablando aquí en pura plata,
¿no es decir la misma cosa
con diferentes palabras?

Los séres que aún guardamos en el abismo de nuestra alma, un resto de fé católica, vamos todas las tardes á la novena del Nazareno.... donde se ven unas chicas que valen un Perú. También algunos muchachos velocipedistas, suelen *rodar* en sus máquinas por el Campo de Val-

dés, y sueltan las manos y van haciendo eses, para que exclamen las devotas, entusiasmadas:

—¡Qué bien *lo maneja* ese chico!

Uno de estos sugetos me decia la otra noche con una franqueza que le honra mucho:

—Yo, á falta de otros méritos más recomendables, me doy tono *velocipeando* donde quiera que hay gente. Pero, bien mirada la cosa, —añadía después—no es un mérito el saber montar en una bicicleta, porque no hay diez pollos en Gijón que no sepan; el verdadero mérito está en no saber andar....

En velocipedo, se entiende.

La cubrición de las testas carlistas, la vascongada boina está á la orden del día en Gijón entre los jovenes amables y entre las niñas bien parecidas. Hay quien se la pone de lado, y quien se la echa para atrás y quien se la coloca sobre las cejas con la sana intención de parecerse bien á sí mismos y de hacerse simpáticos á los demás mortales.

Y hasta puede darse el caso de que algunos esclamen de este modo, mirándose al espejo de hito en hito:

Me favorece bastante,
¿cómo me agraciara más?
¿para atrás ó para adelante?
¿para adelante ó para atrás?

Sé de tres cigarreras que el jueves salieron de la Fábrica á las cuatro de la tarde, con el pretexto de ir á confesar, y lo que hicieron fué andar por esas calles de Dios robando corazones masculinos y enamorando á los jovenes impresionables.

Una era salada,
otra era graciosa,
y muy guapa, muy guapa de veras,
la otra.

Nada, que el autor de estos renglones se las comería. Así como quien se come unas magritas de jamón en dulce.

Este «Picadillo» le estoy escribiendo en el Suizo, tomando una taza de café tan excelente, que puede decirse, sin temor á ser desmentido, y parodiando el tanguito del «Certamen Nacional»:

Decidme, muchachas,
el caso es sencillo:
el café que les gusta á los hombres
¿cual es?—El que hay en el Suizo.

Damos las gracias más expresivas á todos los periódicos que nos han pagado la visita, y.... mandar.

Pepe y yo nos estamos rompiendo la cabeza, con perdón sea dicho, para dar á luz en debida forma la novela gijonesa, que llevará por título «Doña Gregoria.» Con tal motivo, no publicaremos más números de la COMEDIA GIJONESA..... hasta el próximo domingo.

Señores gorriones: no se olviden ustedes de lo dicho en el primer número de esta revista. No reproducimos el suelticillo de marras, por no incurrir en repeticiones enojosas.

Pero, bueno es que lo tengan ustedes en cuenta.

Y en estilo liso y llano,
y con los mejores modos,
me despido aquí de todos,
con el sombrero en la mano.

EL DOMINGO DE RAMOS.



A costumbre de convertir las naves de la Iglesia el Domingo de Ramos, en un «bosque vivo,» en una selva ambulante, como la del «Macbeth,» de Shakespeare, va de-

sapareciendo poco á poco, con gran sentimiento de los vendedores de palmas rizadas y *enflorecidas*, y de ramos de laurel, tomillo y espliego.

En casa de D.^a Nicomedes, hubo ayer una tremolina de mil demonios, por causa de las dichosas palmas.

A las nueve de la mañana mandó á su criada que fuera por seis ó siete para escojer una que había de llevar su hijo Pepinín á su madrina, y eran las cinco de la tarde y todavía no había encontrado ninguna á su gusto.

—¡Ésta, mujer, ésta!— le decía su marido mostrándole una que parecía una escoba nueva.—Es la mejor de todas. ¡Mira que claveles de papel tan bonitos tiene!

—Ya lo veo, pero esa cuesta un dínal; no te la dan por doce reales, y yo quiero una baratita, muy baratita, para salir del paso y no romper con la tradición. Además, ya sabes que la madrina de Pepinín es más agarrada que pié de pote y que siempre nos manda un bollo de los más económicos, un bollo de mala muerte, que no pesa media libra, y con el cual solo tenemos para postres dos ó tres días.

—Nunca seas tacaña, Nicomedes; el que ella sea una puerca no debe servirte de ejemplo para serlo tú; á mí ya sabes que me gusta quedar siempre en buen lugar.

—Pues esa no se compra, ¡cá! El bollo no le cuesta á ella más de cuatro reales, y esta palma nos cuesta á nosotros diez y seis, lo menos.

—No importa, mujer, la pago yo.

—Páguela quien la pague, de casa ha de salir el dinero, y á mí no me da la gana que nadie se ría de nosotros, y mucho menos esa sinvergüenza, ¿estamos?

Y tanto se llega á acalorar la discusión, con tal viveza insiste el esposo en que se compre, y con tal energía se *emperra* ella en no comprarla, que á última



hora se vienen á las manos, y se arma allí la de Dios es Cristo.

Doña Nicomedes le mete los puños por la cara á él, y él le dá un par de azotes á su D.^a Nicomedes en la parte más carnosa de su cuerpo, que debe de quedar como un tomate.

Por fin se hace lo que á ella se le antoja, y el pobre marido sale de casa hecho una fiera, pegando un estrepitoso portazo y dando patadas por la escalera abajo, como si le picaran los callos.

Como justa recompensa á las palmas regaladas por los ahijados, las madrinas encargan bollos y más bollos á panaderos y confiteros, que en esta ocasión se ponen las botas.

La confitería de Rato y la de «Los Dos Amigos,» se ven estos días visitadas por un aluvión de padrinos y madrinas, y tienen sus escaparates tan cuajaditos de panetes enmerengados y cubiertos de flores y «chochinos platiaos,» que es una gloria verlos.

Hay algunos que á estas dulzuras, prefieren una rosca de pan de media arroba, ó un bollo de cuernos, amasado con azúcar y manteca; pero, por lo regular, la jente fina y bien educada, se inclina del lado de la confitura.

Cuando media confianza entre las madrinas y las mamás de los ahijados, suelen algunas mandar el bollo empezado ya, con esta ó parecida explicación por la criada:

—De parte de la señorita, *esto*; y que dispensen porque venga *emprenciado*; fué cosa del *pequeñín* que se le antojó, y la señorita no tuvo más remedio que darle un cuerno.

Pero en realidad no sucedió así; á quien se le antojó fué á la señorita y luego le echó la culpa á su pobre neno, ¡Hay mujeres tan golosas!....
¿Verdá, usté?

